

Caperucita Roja

Érase una vez una encantadora niña que era muy consentida y mimada por su abuelita, no había nadie en el pueblo que al conocerla no sintiera un cariño inmenso hacia ella.

Un día, la niña recibió una caperucita roja que le hizo su abuelita. Para ella era el mejor regalo del mundo, nunca se la quitaba, el color rojo le sentaba muy bien, así que todos comenzaron a llamarla "Caperucita Roja".

Tristemente su abuelita enfermó, y la mamá de Caperucita le dijo:

"Caperucita, tu abuelita está enferma y te he preparado esta cestita de comida con su pastel y vino favorita, que estoy segura que te ayudará a recuperarse muy rápido."

Era preciso que viajara ahora misma a su casa antes de que el día se ponga más caluroso, eso sí, va con cuidado por el camino para que no la caigas y se dañe el pastel.

Recuerda que no es seguro que te salgas del sendero. Al llegar, salúdala con mucho amor y no te des de curiosos por tu casa".

Una vez que Gaperucita Roja escuchó todas las instrucciones de su madre le dio un beso y le dijo:

"Tranquila madre, todo lo que me has dicho lo haré muy bien". Goyó la currueta con cuidado y salió rumbo a la casa de la abuelita.

La casa de la abuelita de Gaperucita quedaba a un kilómetro de su casa siguiendo el sendero por el bosque, pero una vez que se encontró en medio del

caminando se encontró con un tobo, una gran criatura que Caperucita no había visto jamás en persona, pero ella no sintió ni siquiera un poco de miedo.

El tobo, al observar a la niña con curiosidad, le dijo:

"¡Qué bonita eres Caperucita Roja!"

A lo que ella respondió con tanta cordial:

"Buenos días, es usted muy amable señor tobo"

"¿Qué haces tan temprano en el bosque Caperucita?", dijo el tobo curioso.

"Voy a casa de mi abuelita", respondió la niña.

"¿Tienes una cestita muy pesada, ¿qué tienes ahí dentro?", dijo el tobo abisqueroando al aire.

"Fuego en el bosque y una botella de vino para mi abuelita", explicó Caperucita.

"¡Oh! Pero qué maravilla sería eso tía, ¿te falta mucho para llegar a casa de tu abuelita?", preguntó el lobo mientras pensaba su malvado plan.

Y sin que Caperucita roja se percatara de la maldad del lobo, esta le respondió con mucha inocencia:

"De hecho ya estoy a punto de llegar, si sigo el sendero a media tarde pronto encontraré tres grandes rublos juntos, que de seguro tus de haber visto, al pasarlos me taparé con tu casita de mi abuelita, a través siempre por el sendero".

Al escuchar esto el lobo pensó: "¡qué delicioso bocanudo tendrá el día de hoy: la abuelita y esta tierna criaturita!".

"Si soy indoligente puedo aprender a las
dos fácilmente."

Por lo que decidió acompañar a
Caperucita por el sendero. Al cabo de
un rato se detuvo y le dijo:

"Caperucita Roja, ¿por qué vas tan
deprisa? Detente un momento. Debes
escuchar el canto de los pájaros
cuando caminas por el sendero, los
son maravillosos."

Además, no debes dejar de recoger esas
flores tan hermosas que se encuentran
en otra banda del camino, estoy segura
que a tu abuelita le van a gustar
mucho si le llevas unas cuantas".

La niña se detuvo considerando lo que
el lobo le decía, escuchó el canto de los
pájaros, y observó la hermosa variedad
de flores silvestres que habían a ambos
lados del sendero, entonces

pensó: "¡ojalá mi abuelita pudiera estar aquí y escuchar a los pájaros cantar y ver estas hermosas flores! Creo que si recojo rápida algunas flores frescas para mi abuelita no me retrasaré y lograré llegar a tiempo a casa".

De esta forma se salió del sendero y comenzó a recoger flores, y cuanto más se alejaba del sendero, conseguía cada vez flores más bonitas, hasta que llegó un punto en el que se encontró demasiado en el bosque.

El tobo feroz se volvió de la distracción de la niña y corrió hasta la casa de la abuelita. Cuando llegó tocó la puerta y se detuvo a escuchar la respuesta de la abuelita: "¡Caperucita, mi niña, ¿eres tú?"

"Sí, abuelita. Traje pastel y vino para ti. Abreme la puerta, por favor", respondió el tobo imitando la voz de Caperucita Roja.

La abuelita gritó desde dentro: "¡oh, mi niña! Estás muy débil y no puedo levantarme de tu cama. Pasa, abre con solo mover la cerradura!"

El tobo sonrió. Sin decir nada más, abrió la puerta y se dirigió directamente hacia la cama de la dulce abuelita, comiéndose de un solo bocado.

Rápidamente consiguió hacerse con la ropa de la abuelita, se vistió con ella, se puso el gorro, cerró las cortinas y se metió a la cama.

Caperucita Roja seguía recogiendo flores para su abuela sin saber qué estaba pasando.

Pero cuando se dio cuenta que ya no podía cargar con más flores, enseguida trató de volver al sendero para seguir de nuevo el camino hacia la casa de su abuelita.

Apenas llegó, observó que la puerta ya estaba abierta, y sorprendida y con un extraño presentimiento, pensó: "¿qué tranquilidad estoy teniendo, siempre me gusta estar en casa de mi abuelita".

En aquel momento decidió gritar: "¡buenos días abuelita, te he llegado!" Pero al no escuchar ninguna respuesta, decidió ir directamente al cuarto de la abuelita.

Cuando abrió las cortinas vio que al parecer su abuelita estaba como siempre, con su gorrillo en la cama, pero esta vez tenía un aspecto muy diferente.

"¡Oh, abuelita! pero qué ojos tan grandes tienes", dijo.

"Son para verte mejor", respondió el tobo.

"Pero qué ojos tan grandes tienes abuelita", dijo acercándose a la curru.

"Son para verte mejor, curru."

"¿Qué brazos tan grandes tienes, abuelita?"

"Son para abrazarte mejor, dulzura."

"Abuelita, qué boca tan grande tienes".

Y cuando Caperucita Roja se acercó lo suficiente a la curru, la respuesta del tobo fue:

"¡Es para comerte mejor!"

Así, el tobo feroz saltó de la curru sobre caperucita y también se la comió

de un solo bocanada. Después de haberse dado tremenda festín, el tubo feraz decidió hacerse una siesta ahí mismo, en la cuna de la abuela, roncando muy fuerte.

A la vez, también llamando la atención de un cazador que por ahí pasaba. Al escuchar los sonidos tan fuertes provenientes de la casa de la abuelita, pensó: "¿qué estará haciendo esta vez la viejecita?" = Iré a ver si necesita ayuda".

Una vez dentro de la casa, el cazador, al ver el desorden, decidió entrar sigilosamente al cuarto de la abuela.

Al hacerlo, observó al tubo echado sobre su espalda y con la barriga súper inflada; entonces pensó: "¿así te gustaría encontrar tubo inflado?".

Cenise disparar su arma, pero se dio cuenta que la abuelita no se encontraba por ningún lado, por lo que decidió ir a por unas tijeras para cortar la barriga al tobo y ver si dentro estaba la abuelita.

Mientras tanto, el tobo seguía durmiendo.

Cuando realizó el primer corte, se dio cuenta que podía ver una garrucha de color rojo, por lo que cortó un poco más y logró ver que era Caperucita Roja.

Una vez ayudó a subir a la rama, le dijo: "¡qué horror estar ahí, tanto estaba muy oscuro dentro del tobo, pero mi abuelita sigue dentro!".

Así, ayudó al cazador a realizar un corte más, hasta que lograron sacar también a la abuelita. Entonces a Caperucita se le ocurrió una gran idea.

y buscó muchos pedras con las que poder rellenarle la barriga al tubo.

Cuando el tubo se despertó y vio a ellos tres observándolo, trató de huir, pero como estaba tan hinchado por las pedras, no pudo soportar tanto esfuerzo a la hora de correr y cayó muerto. Los tres se sintieron aliviados.

Caperucita sirvió pastel y vino a su abuelita, que estaba descansando, mientras el cazador le quitaba la piel al tubo para llevarse a casa.

Cuando Caperucita se dirigía a su casa, pensó: "nunca más desobedeceré a mi madre otra vez, no volveré a bajarme del sendero hacia el bosque, lo prometo"

Y así fue, colorado, este cuento se ha acabado.

